

usted para creer semejante cosa?—preguntó el Gobernador.

—Me fundo—respondió el Magistrado con alguna confusión que no pasó inadvertida al perspicaz Rijosa—me fundo en cierta inquietud que aquélla muestra, porque usted no le ha pedido el nombre de la señorita que haya de ser elegida reina en los próximos juegos florales.

—Ella sabe, como todo el mundo, que yo no soy quien hace tal elección, sino el poeta á quien el Jurado premia.

—Sí, es verdad; pero tampoco ignora que el Jurado hará lo que usted disponga y premiará la composición que á usted le plazca; con lo cual el autor de ella nombrará, á cie-rra ojos, á la persona á quien usted quiera que nombre; y como hasta ahora nadie se ha permitido disponer estas cosas sin el beneplácito de Conchita... ¡Está tan acostumbrada á que todas las autoridades de Umbrosa le rindan pleito homenaje!

—Me parece natural, si todos aquí se han prestado siempre á semejante tributo. Pero aceptando que se haya enojado conmigo por tal causa, ¿qué culpa tiene Sitilla de que yo prescindiera del consejo de la hija del Marqués, para que la desacredite á mis ojos por medio de este papel infame?—dijo el Gobernador mirando fijamente á D. Senén.

—Es que además—continuó el digno funcionario del orden judicial—barrunto que su agravio se funda en que usted no le ha hecho caso para nada.

—¡Sí que se lo he hecho!

—Quiero decir que usted no le ha hecho la corte.

—¿Se lo ha dicho á usted ella?—interrogó entonces el Gobernador, algo receloso de ver cómo se le trababa la lengua á D. Senén.

—Hombre, no. Lo he adivinado por su actitud, por ciertas frasecillas que ha dejado escapar del fondo del alma, como quien dice—contestó el Magistrado reponiéndose ante la brusca acometida de Rijosa.

—Si eso que usted ha adivinado resultase cierto, soy un hombre feliz, porque esa mujer es de las *de primera*.

—¡Vamos, D. Luis, no se haga usted el disimulado conmigo que soy su amigo verdadero. ¿No ha notado usted mismo que Conchita le mira con buenos ojos?

—Le juro á usted que no, D. Senén. Y más le diré: la hija de Cipérez me ha parecido orgullosa, con ese orgullo de raza que desprecia á los humildes, é insensible con insensibilidad de coqueta mimada; y por eso, así como por crearla peligrosísima, dado que es encantadora y su amor le puede á uno llevar á cometer mil desatinos, me he retraído

algo de su trato. Tampoco quiero ocultar á usted que la oposición que en Madrid hicieron los Cipérez á mi nombramiento, bien porque tuviesen otro candidato más de su gusto, bien porque yo no les agradase, me ha impresionado lo suficiente para no entregarme á ellos desde el primer instante y sin pensarlo muy despacio. Pero si usted me asegura que se halla tan bien dispuesta en mi favor...

—Amigo D. Luis, yo no le aseguro á usted que sea cosa de llegar y besar el santo. Lo único que le he indicado, y esto como figuración mía, vuelvo á repetirle, es que creo que no sería para usted fortaleza inexpugnable la señora de Cellisqueros, si se propusiera su conquista —interrumpió D. Senén recogiendo velas y como pesaroso de haberse escurrido demasiado.

—Si pudiera usted darme algún dato por el cual juzgásemos de la intensidad de esa inclinación de Conchita hacia mi persona, y, por tanto, de su enemiga á Sitilla con la cual me cree en amores, quizá vendríamos en conocimiento de si es ella la que tiene decidido interés en desacreditar á ésta —insinuó Rijosa, pensando que D. Senén ocultaba parte de su pensamiento y se guardaba lo mejor.

—Pues, amigo mío, no tengo datos positi-

vos que ofrecerle, sino fantasías de mi imaginación. Pero usted más que nadie puede saber la verdad.

—¿Cómo?—preguntó Rijosa.

—Prestando más atención á Conchita—y el digno funcionario del orden judicial subrayó estas palabras.

—Hablemos francamente D. Senén. ¿Me aconseja usted *en serio* que haga la corte á la hija del Marqués?

—Mire usted, amigo D. Luis: yo en el caso de usted no la perdería de vista, haciéndole entrever el comienzo de una inclinación más que amistosa; pero sin comprometerme demasiado. En cuanto á Celso—añadió el Magistrado, que recordaba las amenazas del mozo y deseaba vengarse de él—haría que le administrasen un *recorrido vapuleante* que le alejase de Umbrosa ó le quitase las ganas de meterse donde no le llaman. Con esto conseguiría usted que cesase la campaña difamatoria contra Sitilla, si es que, como presumo, Celso y Conchita, cada cual por su lado, son de ella los autores...

—Y como remate de ese plan, influiría para que la designación de reina se hiciese á favor de quien quisiese Conchita, ¿no es verdad?—interrumpió el Gobernador.

—Eso, por supuesto. La prenda pretoria de la real corona ofrecida á Conchita para

la muchacha que ésta prohije, es absolutamente indispensable.

—Lo siento mucho, amigo D. Senén; pero en este último punto no puedo transigir. Tengo el propósito de que la elegida sea Sitilla.

—Pues usted verá lo que hace. Mi consejo es leal. Conchita Cipérez es buena para amiga. En cambio, como enemiga es tremenda. No olvide usted que tiene talento; que dispone de grandes medios; que manda mucha fuerza, y que, herida en su amor propio, es una mujer temible.

—¡Bah! ¡No llegará la sangre al río!

—Allá usted, amigo D. Luis. Yo me lavo las manos como Pilatos—dijo D. Senén haciendo como si se las lavase realmente dentro del sombrero de copa, que había dejado sobre la mesa gubernamental.

—¡Ah! ¡Se me olvidaba! Que no eche usted en saco roto lo del recorrido vapuleante para Celso—añadió el digno funcionario del orden judicial al despedirse del Gobernador.

—Lo merece por inventar calumnias contra la infeliz Sitilla—repuso Rijosa.

—Tanto más grandes é inicuas—insistió D. Senén—cuanto que jamás, jamás, la muchacha ha alentado, ni aun con coqueterías, las esperanzas amorosas de ese mastuerzo.

Aquella misma noche tuvo lugar en Um-

brosa un suceso que fué al día siguiente comidilla de los desocupados. No se supo á punto fijo quiénes fueron los mantenedores de la pelea, y, sin embargo, que hubo pelea es cosa segura. Dijo un vecino de la calle del Pozo, testigo casual del lance, pues lo vió desde su casa, que hacia la madrugada dos hombres, cuyos rostros ocultaban los anchos sombreros, acometieron á otro recio y fornido; que éste se defendió valerosamente con un fuerte bastón, teniendo á raya á sus adversarios y haciéndoles retroceder más de una vez; que, por fin, uno de los agresores cayó al suelo aturdido de un palo que recibió en mitad de los sesos, huyendo entonces el otro; que el mozo que de ambos se libró, merced á su sangre fría y á su garrote, también echó á correr como alma que lleva el diablo, apretándose con un pañuelo el brazo izquierdo, y que toda esta escena la presenció desde lejos otro individuo de estatura más que regular.

Se procuró inquirir el nombre de los que tomaron parte en el misterioso acontecimiento; hicieron los ociosos de la ciudad todo linaje de investigaciones para dar con la clave del problema; *La Mosca Blanca* publicó la noticia, prometiendo á sus *constantes favorecedores* contarles el suceso con detalles; Juanito Pedriscos ofreció veinte

duros al que le aclarase el enigma; el vecino de la calle del Pozo fué interrogado por multitud de personas, á quienes no pudo proporcionar otros datos que los ya dichos, porque la noche era muy oscura y los contendientes se hallaban bastante lejos para que pudiera conocerles, y el mismo Gobernador civil dicen que puso en movimiento á sus dependientes policíacos con el fin de depurar el hecho; pero todo fué inútil. El Gran Condor de los Andes, que por su oficio y conocimiento de Umbrosa hubiera podido dar alguna luz en el asunto, apenas respondía cuando de él le preguntaban. Lo único que los más observadores notaron fué que el mencionado Gran Condor salió mustio y cariacontecido del despacho de su jefe el Gobernador civil de la provincia cuando, á raíz del lance, estuvo en Gobernación á tomar la orden, y que, poco después, tuvo una larga conferencia con D. Senén del Márchamo. Otros, no menos perspicaces, se fijaron en que el digno funcionario del orden judicial no volvió á salir de noche sin la compañía de un guardia de orden público con sable y revólver.

Ello es que al pobre D. Senén, así que hubo logrado saber lo cierto del caso, no le llegaba la camisa al cuerpo.



XIV

Cómo se verificó la entrevista? ¿Qué fué lo que nos dijimos? ¿De qué manera llevamos la conversación para que al terminarla me quedase tan perpleja y descorazonada?

“Sabía, desde el día anterior, que Rijosa iba á venir á casa. Le era preciso ver á mi padre para tratar de un asunto electoral, y le anunció anticipadamente su visita. Yo intercepté el aviso, sin que llegara á manos del autor de mis días, á quien hice emprender una expedición cinegética con objeto de quedarme sola y hablar á mis anchas con el

Gobernador. Mi madre se fué á acostar víctima de horrible jaqueca, que me vino de molde, y me encontré libre y dueña de mis acciones, sin miedo á sorpresas inesperadas.

„Algo podría extrañar Rijosa—me dije—la ausencia de mi padre, pero ya inventaría yo algún embuste que apartase de su imaginación mi componenda, y, sobre todo, quien no se aventura, no pasa la mar. Ardía en deseos de una conversación íntima con Rijosa; se me presentaba el momento y no era cosa de despreciarle.

„A las cuatro en punto entró aquél en el saloncito, donde seguramente estaríamos solos, porque de antemano advertí á los criados que no recibiría más que al señor Gobernador.

„¡Así me libraba de importunos!

„Me vestí lo más elegante posible, pero con mucha sencillez. Una bata de *surah* color de rosa, guarnecida con encajes de Valencienes, que ceñía mi cuerpo sin exagerar sus contornos; unos preciosos zapatitos de raso negro, bordados de azabache, que me acababa de enviar Cayatte; mi pulsera de oro en el brazo izquierdo; mis dos perlas en las orejas y una simple cinta al cuello. Nada más.

„Hay que confesar que estaba guapa de

veras. Así me lo reveló el espejo, sobre el que eché una mirada cuando se aproximó la hora de la cita. Declaro con sinceridad que deseaba estarlo más que nunca, pues iba á entrar en batalla y quería á toda costa triunfar.

„El, por su parte, había echado el resto. Aunque siempre viste con elegancia, noté mayor cuidado y más grande pulcritud en su traje y como cierta satisfacción de la envoltura que á Dios plugo concederle.

„Cuando entró me levanté, le saludé muy afectuosamente y me volví á sentar en la *causeuse*, apoyando los pies en un almohadón de seda blanca. Al momento noté que, no del todo cubiertos por la falda de la bata —la cual, quizá con perversa y dañada intención, no quiso obedecer el impulso de mi mano— Rijosa fijó en ellos su vista, como al descuido, pero con suma complacencia. También confieso, para que el diablo me lo apunte en la partida de mis pecados veniales, que no tuve el valor de privar á Rijosa del espectáculo que tanto le agradaba: por el contrario, en él le dejé extasiarse cuantas veces le pareció oportuno, calculando que aquella plácida contemplación le haría más propicio á mis deseos.

„Bien claro vi que los ojos de Rijosa desmenuzaban, al mismo tiempo que conversá-

bamos, las partes todas de mi cuerpo, como si hubiese querido meter en su cabeza aquellas mis personales prendas; y, ó yo no entiendo ni jota de estas cosas y soy tonta de capirote, ó tengo por indudable que el Gobernador sintió, desde que se puso frente á mí hasta que salió de mi casa, ese no sé qué misterioso y dulce, ese singular arrobamiento que produce la proximidad á mi ilustre individuo, según mis *adoradores* me han dicho mil veces.

„Veamos si puedo reconstruir todos los detalles de nuestra conferencia, sin omitir punto ni coma.

„—No sé cómo tengo valor para presentarme ante su vista. ¡Qué pensará usted de mí! Confieso que soy un descortés y le pido á usted perdón—me dijo.

„—No creo que sea descortesía—repuse;—su alejamiento de esta casa...

“—Por lo menos—me interrumpió—es falta grave, cuyo castigo yo mismo sufro.

„—Ni falta siquiera, amigo mío. No juzgo con tanta severidad el olvido en que *nos* tiene, y lo atribuyo á que sus deberes políticos le roban el tiempo y le privan de los goces de la amistad—dije algo irónicamente.

„—¡Olvido! ¿Usted piensa que la olvido?—me interrumpió.

„—Y me doy la razón de ello—continué

entre risueña y burlona.—Usted, Sr. de Rijos, no es de los que pasan por los cargos que ocupan sin dedicarles toda su iniciativa y todas sus energías; y como en realidad hay mucho que hacer en esta abandonada provincia, es natural que después de tanto trabajo como tiene usted sobre sí, le quede poco deseo de venir á aburrirse en esta casa que ofrece tan escasos atractivos.

„—No es esa la razón de mi alejamiento, ni *mi trabajo*—y subrayó la palabra, para que viese cómo había notado lo irónico de las mías—es tan grande que no me deje espacio para entregarme á los goces de la amistad.

„—Entonces—le repliqué—me parece más grave su olvido, porque responde á un verdadero plan.

„—Quizá.

„—Pues no me lo explico, ni se me alcanzan los motivos que le hayamos dado para que lleve usted á cabo semejante propósito—y aquí procuré ponerme muy seria afectando mucha inquietud.

„—Los motivos de mi conducta—repuso el Gobernador—se fundan en preocupaciones de mi corazón, que tiene la mala costumbre de anticiparse á los acontecimientos.

„—¡Ahora sí que lo entiendo menos! ¿Sabe usted, amigo mío, que me pone en gran cu-

riosidad? ¿Quiere usted aclararme esas palabras para que yo me dé cuenta exacta de tales preocupaciones?—le pregunté con la mayor ingenuidad y sencillez.

„—Es difícil la explicación—me contestó con tono receloso y como si temiese meterse en honduras.

„—¿No le inspiro á usted confianza?

„—No la suficiente para hablarla como me hablaría á mí mismo.

„—Me da usted con lo que acaba de decir una gran pena, porque yo, que no tengo para mis amigos la más pequeña reserva sino que les doy toda la sinceridad de mis sentimientos, exijo de ellos la misma conducta.—Este pequeño discurso lo pronuncié con cierto calor, para que comprendiera Rijosa cuán bien preparada me hallaba á recibir sus confidencias.

„—Pues voy á ser franco y leal con usted, Conchita — dijo entonces el Gobernador, arrimando un poco su silla á la *causeuse*, y como preparándose á disparar la primera andanada.

„—¿Sin ocultarme nada de lo que piensa?—le pregunté mirándole con coquetería.

„—Sin ocultarle nada.

„—Pues espero las pruebas de su franqueza, y así conoceré la razón de su actitud—dije echándome un poco hacia atrás cual si

aguardase una larga confesión, y apoyando el brazo en el respaldo del asiento que ocupaba.

„El peso de los encajes hizo que la manga de la bata descubriese mi antebrazo, y esto debió impresionar sobremanera á Rijosa, porque, abandonando la contemplación á hurtadillas de mis pies, se fijó en aquella otra parte de mi individuo, que sin duda le pareció cosa divina, á juzgar por la especie de alelamiento que le cogió. ¿Si será esta la primera vez que nuestro Gobernador vé un brazo bien hecho?—me preguntaba al notar cómo Rijosa permanecía extático y mudo.

„—Aguardo lo prometido—le dije, cortando la magia que le obligaba á guardar silencio.

„—Conste que usted lo ha querido.

„—Constará cuanto usted guste—respondí cariñosa y sonriente.

„—¿Ve usted lo que vale este pueblo, con sus magníficos palacios y admirables templos, con sus edificios que parecen hechos por hadas maravillosas, y con su recuerdo histórico, que es honra de la patria y gloria del mundo?... Pues todo junto, vale muchísimo menos que una mirada de esos ojos de cielo ó una sonrisa de esos labios de rosa.

„—Eso no es franqueza, amigo mío, es galantería pura—le interrumpí con ademán de

incredulidad, pero sintiéndome muy halagada; ¿por qué no decirlo sí, en efecto, las apasionadas frases de aquel hombre sonaban á gloria en mis oídos?

„—¡Ve usted cómo no puedo ser franco! ¡Empiezo á expresar lo que siento y no me cree usted!—dijo el Gobernador, apagando sus fuegos, como desalentado y sin percibir, ni á cien leguas, la procesión que se me paseaba por dentro. ¡Y luego dicen los hombres que son perspicaces!

„—Nada de eso, amigo mío. Acepto sus lisonjas, aunque me parezcan exageradas, si usted las estima necesarias para justificar su conducta—repuse para darle ánimos.

„—¡Como no me ha dejado usted acabar!

„—Tiene usted razón, y prometo no interrumpirle.

„—Pues bien, Conchita—continuó Rijosa tomando de nuevo el camino del entusiasmo, y mirándome con mirada tan pedigüeña que no cambié de postura, á pesar de que se me iba durmiendo el brazoderecho, cuyas líneas tanto le atraían. Todo lo que hay en este pueblo—prosiguió—no es más que usted; todo cede ante su influjo; todo palidece ante su vista. De tal suerte todo lo domina, que aquel que aquí haya puesto su planta, no tiene más remedio que huir ó ser esclavo suyo...

„—¡Y usted prefiere huir!—volví á interrumpirle con cierto dejo melancólico que no pude remediar.

„—Huir ó ser esclavo suyo—continuó;—y yo no puedo ser esclavo de usted mas que de una manera.

„—¿De cuál?—le pregunté adivinando su respuesta, deseándola quizá y temiéndola al propio tiempo. Y lo peor del caso fué que al pronunciar Rijosa las últimas palabras con sobrada vehemencia, disminuyó la distancia que nos separaba, y entonces hice un movimiento instintivo, porque si el deseo me pedía estarme quieta, con voces muy alarmantes, la razón me aconsejaba detener un tanto los ímpetus del Gobernador, y con tal movimiento, que cambiaba mi postura, la malhadada bata, empeñada en comprometerme, se me ciñó más de lo justo modelando con perfección aterradora gran parte de mi cuerpo, cosa que á Rijosita acabó de trastornarle.

„—¡De cuál, me pregunta usted! ¡De la única manera que yo lo entiendo! ¡Yo no podría ser esclavo más que de amor!—añadió Rijosa, cada vez más fogoso.

„Esperaba la contestación á quemarropa, me hallaba dispuesta á recibirla, suspiraba por ella acaso, y, sin embargo, sentí un extraño sobrecogimiento en mi corazón. Mu-

chas declaraciones amorosas había oído en mi vida, algunas de ellas hechas con tanto ardor como la de Rijosa, pero jamás, hasta aquel instante, la palabra de un hombre perturbó de tal manera todo mi ser. ¿Por qué me sorprendió, si la aguardaba? ¿Por qué me aturdió, si por anticipado la conocía? ¿Y qué hacer? ¿Qué contestarle? ¿Cómo salir de aquel apuro sin quitarle esperanzas y sin prestarme á complacencias que le harían formar pobrísimo concepto de mi virtud? Si me ofendía, poniendo la cara fosca y coto á su acometividad con frases de pudor lastimado, corría el riesgo de caer en ridículo, pues él, entonces, quizá hallase modo de dar un tinte de afirmación, puramente condicional, á su intención pecaminosa. Si me callaba ó eludía la réplica, por medio de una frase vulgar, es posible que creyera que soy tonta de cuerpo entero; y si, por el contrario, me iba á él con armas y bagajes metiéndome en la corriente de su pasión, me juzgaría presa fácil, de esas que no vale la pena conservar por lo poco que ha costado reducir. A estas reflexiones que se agolparon tumultuosamente en mi cabeza, todas ellas en el cortísimo espacio de un segundo, durante el cual había de meditarlas y madurarlas para dar á la rotunda afirmación de Rijosa una respuesta, que, sin

duda alguna, habría de ser lazo que nos atara ó abismo que nos separase, uníase una duda horrible; porque aquel hombre, cauto y solapado, aseguraba que sólo sería esclavo de amor, pero no pedía la cadena con que yo le sujetase, y con esta duda no sabía si despedirle airada ó entregarme gozosa. A esto, á esto último me empujaban expansiones misteriosas que se hallaban dentro de mí y cuya existencia ni sospechaba siquiera; hacia él se iba mi querer ansioso y como dilatado por súbito y nunca sentido calor del corazón; pero á la vez comprendía que mi primera palabra de amor sería también la última de mi orgullo; que mi personalidad, alta y poderosa, se fundiría en la suya, y que mi fuerza, hasta entonces incontrastable, cedería en lo sucesivo ante una fuerza superior que me aniquilase. Tomé el partido de escurrir el bulto, al menos hasta que su actitud no me dejara lugar á vacilación de ningún género, y acto continuo, siempre con suave coquetería, por supuesto, y pugnando porque no leyese en mis ojos la batalla que se estaba librando en mi alma, le contesté:

„—¡De suerte, amigo mío, que porque valgo tanto y soy todo en Umbrosa y todo lo domino, usted se aparta de mí!

„—Justo. Me alejo de usted, porque si la

veo con frecuencia, me sucederá lo que ahora mismo me sucede, que sucumbo á su influjo encantador é irresistible. Con una mujer como usted, Conchita, no cabe más que someterse sin condiciones; y yo no me sometería sino hallando en un amor inmenso y por ambos igualmente sentido, la compensación de mis ideales.

„—¿Y es preciso ese amor igualmente sentido para que haya sumisión? ¿No puede existir una amistad grande, absoluta, sincera, tal como la puedo otorgar?—le dije con objeto de ir preparando la capitulación.

„—Entre usted y yo, Conchita, lo que empezase en amistad habría de parar bien pronto en amor.

„—¡Quién sabe en lo que pararía!—repuse ya decidida por completo.

„—¡Yo sí lo sé—me interrumpió, poniéndose muy serio y con cierto aire de tristeza! —¡Veo muy claro el porvenir! Me enamoraría locamente de usted, pondría en mi pasión la vehemencia que es propia de mi carácter; el mundo entero lo olvidaría por su amor, y luego... luego, cuando hubiese perdido la pequeña aureola que hoy me rodea, sería en su vida poco menos que nada, pesaría en su existencia y en su corazón lo que un átomo en el espacio.

„Al oír estas palabras, pronunciadas, so-

bre todo las últimas, con voz en que la emoción vibraba, por poco se me saltan las lágrimas. Quise decirle que se equivocaba de medio á medio; que si él daba al olvido todo por mí, yo por él daría cuanto soy y cuanto pudiera ser; que era por completo suya, y que estaba pronto á sacrificarle mi prestigio y fama; pero algo que en sus frases me sonaba á artificioso y retórico, el recuerdo de que tenía amores con otra mujer, á la cual quizá habría seducido empleando la misma emocionada voz que conmigo empleaba, y este afán mío, hijo del pícaro orgullo, de que el que se entregue á mí lo haga sin rodeos y rindiendo su voluntad, detuvo mis cariñosos impulsos é hizo que me quedase un momento pensativa y taciturna.

„—¡Lo ve usted, Conchita!—continuó antes de que le replicase.—¡Piensa usted lo mismo que yo! ¡Ese silencio prueba que mi conducta se ajusta á la razón! ¿Comprende usted ahora el alejamiento que le extrañaba? ¿No ve usted claro que no nos podemos entender, porque yo pediría mucho y usted concedería poquísimo?

„Este desconocer el verdadero estado de mi alma, me exasperó, y yo que le hubiera perdonado cualquier acto que significase fuerza y dominio sobre mí, no le perdoné su torpeza. Iba, sin embargo, á rogarle que

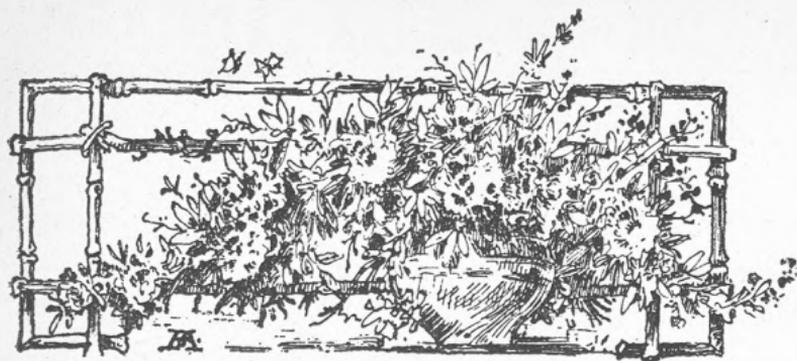
suspendiéramos la conversación, iba á suplicarle que volviese para reanudarla, y así me daría tiempo á reponerme y á decirle lo que se me alcanzaba acerca de su modo de pensar, cuando mi marido, que tiene el don de la inoportunidad y al que jamás se le ocurre verme, entró de improviso en el saloncito, interrumpió nuestra conferencia, y fué causa de que Rijosa se llevase la mala impresión de que yo era una coqueta, sin otro propósito que el de servirme de él como de un juguete. Con lo cual quedamos mucho más distanciados de lo que estábamos antes.

„¿Cómo terminará esto? ¿Será al fin lo que yo quiero que sea? ¿Me habrá dado el Sr. de Rijosa, con la mayor habilidad, unas soberanas calabazas? ¡Allá veremos!

„Suceda lo que suceda, quiero trasladar al papel lo ocurrido, para que nunca se me olviden los detalles de una entrevista que hará época en mi vida.„

.....

He aquí lo que escribía Conchita Cipérez en su diario, á las altas horas de la noche.



XV

POR el director de *La Mosca Blanca* supo Conchita Cipérez lo ocurrido en la sesión que, presidida por Rijosa, y de la cual eran vocales D. Senén del Márchamo, Paco Fuertes, el Alcalde, el catedrático de literatura y un individuo de la asociación umbrosina de Bellas Letras, se verificó en Gobernación el 14 de Agosto, justamente la víspera de la tan deseada y solemne fiesta. El Secretario general y perpetuo salió á escape de la Junta, en cuanto ésta hubo terminado sus tareas, como faltándole tiempo para comunicar á la hija del Marqués los

importantes acuerdos que se habían tomado.

La discusión fué viva, eso sí, y Urbáñez hizo cuanto pudo y empleó las poderosas armas de su elocuencia para que triunfase su protegido Retuelles, el famoso poeta umbrosino, y le fuera concedida la rosa natural, como justo premio á su composición literaria. Y tan fea se puso la cosa, que en poco estuvo que los jurados se tirasen los trastos á la cabeza. Pero no hubo manera de que saliera á flote la candidatura patrocinada por el Secretario general y perpetuo, porque aun contando con el apoyo del catedrático y del individuo de la asociación umbrosina, que gritaron como energúmenos y pronunciaron sendos y sapientísimos discursos para demostrar que la obra de Perico Pelamesa, el favorito del Gobernador, no valía un pitillo comparada con la de Retuelles, al fin y al cabo se llegó á la votación, y allí la brutal fuerza del número, la estúpida ley de las mayorías, otorgó la codiciada flor á D. Pedro Pérez de la Pelamesa, con gran contentamiento de Rijosita y desesperación de Urbáñez, que vió en aquella derrota, no sólo un desaire á la opinión ilustrada y culta, cuya última palabra había ya sido pronunciada por *La Mosca Blanca* en un artículo de trascendencia acerca del realismo

en la lírica, sino también á la ilustre Conchita, que profesaba á Retuelles especial afecto y decidida predilección.

¡Claro! ¡El deseo de contrariar á la hija del Marqués saltaba á la vista! ¡Como que Retuelles habría designado para reina de los juegos florales á Luisa Santipol, y Pelamesa, adicto al Gobernador, haría lo que á éste le viniese en gana!

Y ya no había esperanza de revocar el acuerdo, *nulla est redemptio*, como dijo Urbáñez á Conchita, cuando sofocado y casi sin aliento, le dió la infausta noticia.

Inmenso, colosal, tremendo, fué el disgusto de la noble dama; pero, ¿qué remedio poner? ¡Ah! ¡Si Conchita y Urbáñez hubieran tenido á su disposición la *Gaceta* y la Guardia civil, aquélla para disparar rayos en forma de decretos y ésta para atar codo con codo y llevar á la cárcel á los pícaros que así contrariaban la suprema voluntad de la orgullosa muchacha, á buen seguro que la inicua trama ya estaría deshecha, Rijosa destituido y condenado á perpetua obscuridad, Pelamesa sepultado en inmundo calabozo, Retuelles en el templo de la fama, Luisa Santipol en el trono de una hora y Sitilla relegada al olvido, de donde nunca debió salir. Por fortuna, no ocupaba en aquel entonces la Presidencia del Consejo de Ministros el director de *La*

Mosca Blanca, aunque bien hubiera podido ocuparla, y merced á esta fortuita circunstancia sucedió que las cosas se desarrollaron como dispuso el Gobernador.

Y por cierto que las dispuso admirablemente. Para convencerse no hay más que leer la carta que, pocos días después, publicó en uno de los periódicos madrileños de mayor circulación un distinguido *reporter*, enviado expresamente á Umbrosa para dar cuenta de la fiesta, cuya carta decía así:

“Una mejor cortada que esta pobre péñola mía, debiera ser la que narrase el gran acontecimiento con que la muy noble é ilustre ciudad de Umbrosa, honra las letras patrias y reverdece los laureles de sus antiguas victorias. Pero ya que por mal de mis pecados tocóme en suerte ser el cronista del memorable suceso, he de referirlo con la fidelidad que es debida á los asiduos lectores de nuestro popular diario.

„La del alba sería cuando la banda municipal recorrió las calles de Umbrosa tocando un pasacalle alegre y vibrante, debido á la inspiración del maestro Pelagatti, el reputado compositor tan conocido en el mundo del arte. El astro del día, complaciente con las bellas umbrosinas que suspiraban porque alumbrase sus lindos rostros, deshizo poco á poco las tupidas brumas y asomó la rubi-

cunda faz por cima de las montañas vecinas, dorando las cien torres que dominan la ciudad y filtrando sus indiscretos rayos por todas partes, como queriéndolas dar realce y esplendor.

„Prescindo de contar el tierno espectáculo del reparto de pan á los pobres, las maravillas de la exposición de productos agrícolas, la procesión cívica que organiza el Ayuntamiento y preside el Gobernador civil, la conmovedora adjudicación de premios á la virtud, la destreza empleada en las regatas que se verificaron en el ancho remanso del río, el concurso de orfeones y músicas, y las demás cosas que formaron el programa de los festejos, para fijarme tan sólo en la descripción de los juegos florales, que es el punto culminante de aquéllos, y para cuyo esplendor todos los años echan los umbrosinos la casa por la ventana.

„No es esta ocasión propicia, ni cumple á mi intención, razonar acerca de si los juegos florales ejercen mayor ó menor influencia en la poesía. Quédese, en buen hora, semejante discusión para otros ingenios más dedicados que el mío á las cuestiones literarias; pero permítaseme apuntar, como de pasada, que, según mi humilde juicio, este renacimiento de las antiguas costumbres y esta tendencia á resucitar aquellos torneos

en que los más eximios vates obtenían el título de Doctor en la gaya ciencia, estimulan el estro poético de los pueblos, levantan los ánimos, de sobra entregados á la vil prosa del utilitarismo moderno, y son á la manera de un fresco y apacible oasis en el desierto de los intereses materiales. Prueba cumplida de mi afirmación, es que, en no pocas ciudades de España, se abren certámenes de tal índole en recuerdo de las fiestas tolosanas, y en ellos lucen su numen literatos tan insignes como Urbáñez, Pelamesa, Retuelles, Cestillero, Guijosano y otros, cuyas obras se hallan en la memoria de todos los amantes de las letras, y han sido mil veces premiados con gran justicia, no fuese más que por haber encauzado las corrientes de la poesía y llevádola hacia un espiritualismo sano y tranquilo, que, sin duda alguna, dará en tierra con el actual realismo traspirenaico que nos aburre y corrompe.

„Perdónenme mis lectores este pequeño escaqueo, y entremos de lleno en la prometida descripción.

„El teatro, grande, espacioso y digno de figurar entre los primeros de la corte, estaba hecho un ascua de oro.

„Los jardines, fertilizados por los mil canales que roban al viejo río su líquido caudal, y los huertos de los pueblos circunvecinos,

famosos por su frondosidad y frescura, vertieron en el coliseo de Umbrosa sus más galanas flores. Toda la embocadura fué revestida y festoneada con macizos de rosas y claveles, formando caprichosas y bien combinadas líneas, que ofrecían un conjunto por extremo agradable. En la parte más alta de dicha embocadura, y en su punto medio, veíanse las armas de España, también dibujadas con delicadas flores, y la corona real que cubre el escudo, emblema de nuestras grandezas, formábanla pequeñas rosas amarillas aún húmedas del rocío, de suerte que, al ser sus hojas heridas por la potente luz eléctrica, las tenues gotas despedían vívisimos rayos, como si fuesen diamantes allí incrustados por manos invisibles. Guirnaldas de jacintos, gardenias y nardos formaban primorosas cadenas, cuyos anillos estaban sujetos por broches de rojas dalias, y prendidas estas guirnaldas de palco á palco, esparcían por toda la sala un grato perfume que embargaba los sentidos y daba al ambiente aromas de verjel.

„Las casas aristocráticas de Umbrosa, donde hay muchas y muy linajudas, prestaron sus antiguos tapices para adornar la balaustrada del anfiteatro principal, y con grandes mantones de Manila, bordados de seda blanca sobre fondo encarnado, se for-

mó una elegante orla en derredor del palco de la presidencia, en el que se destacaba el gran sillón de raso y oro con la corona condal y las armas de la ciudad (león rampante en campo de gules, tres gatos moriscos sobre fondo de plata y un brazo que empuña una veleta de oro), y que había de ser el trono en que se sentase la reina de la fiesta.

„En el fondo del escenario, que ostentaba también valiosas colgaduras de damasco amarillo y rojo, colocóse la mesa presidencial, y detrás de ella pusieron magníficos sitials para el Gobernador y los seis individuos que con éste formaban el Jurado. A la derecha, el sillón donde había de sentarse el vate á quien fuese concedida la rosa natural, que en una bandeja de oro estaba sobre dicha mesa y al alcance de la mano del Gobernador, y á la izquierda, junto al lugar de la orquesta, otro sillón de terciopelo carmesí y molduras talladas para el mantenedor de los juegos, cuyo discurso era parte principalísima de la solemne velada. Por todo el resto del escenario, formando dos semicírculos entorno de la presidencia, veíanse multitud de cómodas butacas para los invitados á la reunión, la parte oficial, los catedráticos de la Universidad, los señores de la Audiencia, los representantes de las asociaciones científicas y literarias de Umbrosa, los profesos-

res del Conservatorio, la prensa periódica y cuanto de notable encierra esta ciudad en los diferentes ramos del saber humano.

„A las nueve de la noche palcos, butacas, galerías y anfiteatros encontrábanse atestados de gente. Los primeros, cuajados de mujeres hermosas, prendidas y ataviadas como para el más lujoso baile; las segundas, pudiendo apenas contener al elemento masculino, de frac y corbata blanca, y en el resto del teatro, la multitud, por entre la cual aparecía de vez en cuando alguna de esas caras bonitas, que tan pródigamente ha puesto Dios en esta noble tierra. Las más distinguidas familias, en los palcos bajos y plateas, por supuesto..„

Allá á la derecha del espectador, en la platea que toca al escenario, el marqués de Cipérez, con su hija Conchita, la aristocrática dama, la gentil señora—la más perfecta hermosura que he visto en este bajo mundo—vestida de raso blanco brochado con adornos de encajes de *Aleñcon*, luciendo en su nivea garganta soberbio collar de perlas. Junto á ella la espiritual condesa de Santipol con su única descendiente, la bella Luisita, una graciosa muchacha de diez y ocho abriles, con ojos de fuego y tez de lirio. En la platea de enfrente á la de Cipérez, la de los socios de *La Leñera*,

algo como el Veloz-Club de Madrid, llena de correctísimos varones, la *high-life* de Umbrosa. No muy lejos, la de los vizcondes de Trepístoles, que colocaron en la primera fila á sus tres hijas, más seductoras, sin duda, que las tres Gracias. Un poco más allá, el barón y la baronesa de Arcimelloso, mujer encantadora, de aire juvenil y severas líneas, cuyo busto escultural, que deja ver casi por entero el cuerpo de raso negro recamado con finísimas plumas blancas, es digno de una estatua griega. Tocando con el palco de tan ilustre señora, están las de Pérez Gemesino, esposa y cuñada del diputado á Cortes por Umbrosa, ambas mostrando trajes y joyas de gran precio. En uno de los mejor colocados vese á la simpática Teresa del Sequiñoso, el *Premio Gordo*, como aquí la llaman, con su padre, el opulento D. Epifanio, uno de los primeros accionistas del Banco de España. Pero, ¿á qué enumerar una por una las bellezas que allí se reunieron? Baste decir que todo lo que la ciudad guarda de rico y elegante se dió cita en el teatro, cuyo esplendoroso aspecto no desmerecía del que presentar puede el regio coliseo en las funciones de gran gala.

„Ocupado el escenario por los conspicuos que hicieron su entrada precedidos de los maceros del Ayuntamiento y al son de los

acordes de nuestra clásica marcha real, comenzó el acto, dando cuenta el Secretario general y perpetuo, D. Jesús María de Urbáñez, de las poesías presentadas y de cómo se había adjudicado el premio á la que llevaba por lema *Omnia fuit nihil prodest*, cuyo autor resultó ser D. Pedro Pérez de la Pelamesa. Una prolongada salva de aplausos cubrió la voz del Sr. Urbáñez, y así que esta explosión del entusiasmo umbrosino hubo-se apagado, aquél leyó con cadenciosa entonación la obra de Pelamesa, *El Himno al Amor*, cuyas profundas ideas, expresadas en sonoros endecasílabos, ora dulces y tiernos, ora robustos y vigorosos, aseguran á su autor, de hoy más, un puesto de honor en la literatura española y quizá un sitial en la Academia de la Lengua. De veras lamento que el espacio de que dispongo en el popular diario que me ha conferido la honra de enviarme á Umbrosa, con el único objeto de narrar estos acontecimientos, no me permita copiar la composición del insigne Pelamesa; pero prometo publicarla en una de nuestras hojas literarias, para solaz y regocijo de los amantes de lo bello.

„Recibida por el laureado vate la rosa natural, llegaba el momento de elegir la reina de la fiesta, que había de ser la señorita á quien Pelamesa le ofreciese aquélla, y, como

es natural, notábase cierta curiosidad y agitación entre la concurrencia, por saber cuál sería la privilegiada. Pelamesa, después de hacer una reverencia al Presidente, bajó á las butacas, se encaminó á una platea, entró en ella, y doblando la rodilla, como las pragmáticas aconsejan en estos casos, ofreció la flor á una joven vestida de blanco, de lindísimo rostro, más bien morena que blanca, con un par de ojos negros que alzaban en vilo, y tan admirablemente formada, que para modelo la hubiera querido nuestro Benlliure. El público acogió con gran júbilo el nombramiento, y Rosita Santiuste, que este es el nombre de la deliciosa majestad, ocupó el palco regio y se sentó en el trono entre las aclamaciones de los concurrentes, que á la niña debieron turbar sobremanera, pues en su actitud modesta y en el vivo carmín de sus mejillas notábase cómo la contrariaba ser objeto de todas las miradas.

„Terminó la orquesta, coreada por el afinado orfeón umbrosino, el paso doble también compuesto *ad hoc* por el referido señor Pelagatti, y el mantenedor fué á ocupar el sitio desde donde debía pronunciar su discurso.

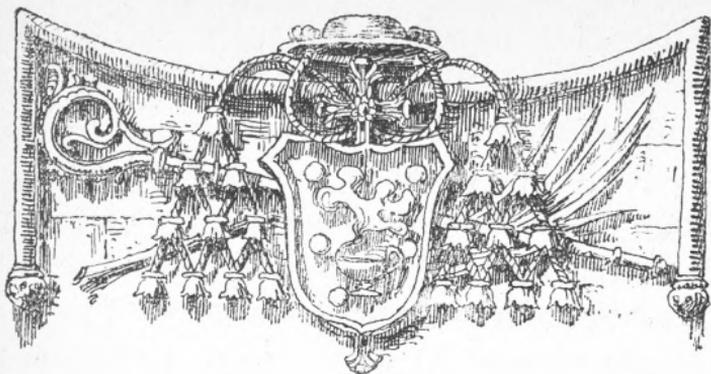
„En este punto tuvimos una decepción primero y gratísima sorpresa después. Fué aquella que, habiendo invitado al insigne orador D. Anacleto Pitorna para ser el man-

tenedor de los juegos, ya que el año anterior no pudo aceptar la invitación por hallarse desempeñando el Ministerio de la Guerra, el famoso repúblico telegrafió á última hora excusando su asistencia por causa de atenciones de familia, lo que produjo gran contrariedad porque la *great attraction* del programa era el esperado discurso del eminente orador, cuya palabra galana y florida seduce y encanta; y la segunda fué que nuestro antiguo compañero en la prensa, D. Luis Gómez de la Rijosa, actual Gobernador de esta provincia, se reveló como orador de cuerpo entero, pues no existiendo aquí quien sustituyese al Sr. Pitorna, él se ofreció, y preciso es confesar que casi con ventaja, si posible fuera, pues pronunció una admirable oración, cuajada de elocuentísimos párrafos, cuyos finales, brillantes y redondos, apenas dejaban oír los frenéticos aplausos del público, sobre todo cuando describió, con frase arrebatadora, cómo la mujer dulcifica las costumbres é influye por modo poderoso en la vida social.

„En suma: el acto literario que acabo á la ligera de describir, es de aquellos que dejan huella indeleble en el espíritu, y creo firmemente que un pueblo que tal hace, bien merece que su nombre se escriba con letras de oro en el libro de la historia.

„Réstame, mi querido director, hacer presentes los buenos servicios que me han prestado los celosos empleados del Cuerpo de Telégrafos, los cuales, sin descansar un punto, han circulado los extensos telegramas que nuestro popular diario ha publicado, y dar las gracias al Sr. Gobernador civil, al Alcalde, al director de *La Mosca Blanca* y á los organizadores de los festejos, por las atenciones que les ha merecido este humilde corresponsal.

“MATHIAS GALY.”



XVI

—¿Y el hombre estará furioso?

—¡Figúrese usted cómo estará, amigo don Paco!

—La verdad es que hay motivo para coger á ese zascandil de Urbánez y retorcerle el pescuezo; y crea usted, D. Senén, que si yo estuviera en el lugar del Gobernador...

—¡Qué había usted de hacer! ¡Aguantarse!

—¡Aguantarme yo! ¡Vamos, no me conoce usted!

—Mire usted, D. Paco; cuando se ejerce un cargo como el que ejerce Rijosa, no puede

uno irse bonitamente hácia un individuo que molesta y soltarle dos bofetadas. ¡Pues no se armaría mal escándalo!

—¡Claro! ¡Y porque el malhadado puesto exige circunspección y mesura, no hay sino dejarse insultar! ¡Vamos, hombre! ¡Que me hallase en el pellejo del Gobernador!

—No está usted en lo justo, amigo don Paco.

—¿Que no estoy en lo justo?

—No, señor. Y si no, veamos despacio qué es lo que ha sucedido y en qué puede Rijosa fundar un agravio contra Urbáñez y pedirle cuenta de él.

—¡Pues ahí es nada! ¡Usted, por lo visto, no ha leído el suelto que ha publicado ese tunante en su inmundo papelucho!

—Sí que lo he leído, y aun me lo sé de memoria.

—¿Y todavía dice usted que no hay agravio?

—Hombre, agravio lo hay, pero tan embozado, que no ofrece causa concreta por la cual pueda Rijosa romperle la crisma á ese majadero. ¿Qué dice, en último término, el tal sueltcito? Pues “que en altas regiones se piensa ordenar una visita de inspección que indague la conducta de cierto Gobernador, cuyas disposiciones como Presidente del Consejo de una famosa obra pía, dejan mu-

cho que desear en cuanto al manejo de los caudales de la misma,,.

— ¡Vaya una sencillez! ¿Pues no ve usted, como dos y dos son cuatro, la alusión á nuestro amigo? ¿Ignora usted, por ventura, el ruido que ha hecho esa quisicosa que, en vez de llevar por título *Banco Pío de la Ayuda y Socorro*, como plugo á su inventor, debiera llamarse manzana de la discordia ó campo de Agramante?

—Sí, señor. Veo la alusión al Gobernador y conozco, ¡quién no lo conoce en Umbrosa!, los disgustos y sinsabores que á todos nos ha proporcionado ese dichoso Banco ó lo que sea; pero, ¿quiere usted que nuestro amigo trinque á Urbáñez por el cogote y le harte de cachetes?

—¡Pues, es claro!

—¿Y qué contestaría Urbáñez cuando Rijoza le increpase antes del vapuleo? Porque ¡algo le tiene que decir, alguna razón ha de darle del argumento *contundente*!

—Contestaría...

—Contestaría, amigo Fuertes—interrumpió el digno funcionario del orden judicial—que había recibido el suelto de Madrid; que su intención no era ofenderle; que si se da por aludido y contra él viene la visita, ésta le debe importar un comino, siendo, como es, un hombre honrado y purísima su

administración... En resumen, mi querido amigo, que el Gobernador se pondría en ridículo y no hallaría en Urbáñez hombre que le hiciese cara.

—¿De modo que usted no ve otro remedio que sufrir los alfilerazos de ese mamarracho y poner la mejilla izquierda después de haber recibido el golpe en la derecha? ¿No es eso, amigo D. Senén?

—Yo, en estas cosas de la prensa, tengo por sistema hacerme el sueco, cuando no dispongo de medios para poner un correctivo eficaz que destruya el efecto causado.

—¡Eso es! ¡Y esperar con calma que, después de esta coz, largue el Sr. Urbáñez todas las que quiera, con la impunidad que le ha de ofrecer la indiferencia que usted aconsejará al Gobernador!

—No le aconsejaré que la empresa á palos con Urbáñez, pero sí que tome precauciones y se prepare para la campaña que, traidoramente y bajo mano, le están haciendo sus enemigos de poco tiempo á esta parte, porque si no va á tener muchas contrariedades.

—¡Contrariedades! ¡Diga usted mil disgustos! Y crea usted, amigo mío, que ello me tiene muy preocupado, porque he tomado cariño á D. Luis, y me duele que fracase al comienzo de su carrera política.